

## La consagración del mito en la epopeya mexicana: *La Malinche* de Celestino Gorostiza

Isis Quinteros

Los estudiosos del drama como género literario han señalado en varias ocasiones la estrecha relación que históricamente ha vinculado a las representaciones dramáticas con el ritual religioso. Como puntualiza Martin Esslin, al contener una acción de naturaleza simbólica y metafórica, el ritual revela su carácter mimético, por lo tanto dramático, sea ya en la danza por la cual la tribu representa los movimientos de su totem, sea en la división del pan y la consumición del vino en el acto de la Eucaristía. Al poner a su congregación en contacto con sucesos y conceptos que son eternos, y por lo tanto infinitamente repetibles, el ritual anula el tiempo. En forma paralela, cada vez que un drama es representado, los acontecimientos suceden en un presente eterno.<sup>1</sup>

Por su propia naturaleza, creemos que ningún drama responde mejor a esta idea de experiencia colectiva y ritual que el drama histórico. Y más aún cuando apunta a la génesis misma de la formación de un pueblo, como es el caso de la obra *La Malinche* (1958) de Celestino Gorostiza, a la cual nos aproximaremos en estas líneas.

Al dramatizar la historia de la subyugación del pueblo azteca por el conquistador español, y reactualizar el parto de la india Malintzín, que mostraría el rostro de un nuevo pueblo—el mestizo mexicano—, la obra de Gorostiza es proceso cognoscitivo al mismo tiempo que ritual público, en el que la comunidad a la cual se dirige reconoce los códigos que la definen y renueva su destino de ser: allí, en ese espacio, donde ocurrieron los acontecimientos, y en ese instante, en que el pasado se encarna en el presente y el mito alcanza su cumplimiento en la historia.

Al enfrentarse a un material tan vasto y complejo como el que proporciona la conquista de México, Gorostiza debió resolver múltiples problemas en la estructuración de su drama: ¿Qué acontecimientos serían privilegiados y cuáles descartados? ¿Cómo concentrar y detener en dos o tres espacios las acciones de quinientos españoles y miles de indios aliados que estaban en constante desplazamiento? ¿A quién asignar el papel de héroe: a Cortés, a

Moctezuma, a Cuauhtémoc? ¿Cómo configurar la ficción, componente primario de toda creación poética, sin traicionar la conciencia histórica? Y sobre todo, ¿cómo mantener el suspenso, al presentar una confrontación épica en que los receptores sabían de antemano el fin de la historia?

En la división tripartita de la obra, los tres momentos elegidos por el dramaturgo representan la síntesis, a la vez que instantes señeros en la empresa de la conquista de México: el 28 de marzo de 1519, en que la fundación de la Villa Rica de Vera Cruz sella el comienzo de la conquista, consagrándola como una cruzada guerrero-religiosa; un día de octubre de ese mismo año, cuando la masacre de Cholula impone una decisiva victoria en el avance de las tropas españolas hacia la ciudad de Moctezuma; y finalmente, una tarde de septiembre de 1521, cuando consumada ya la conquista de México-Tenochtitlán, el héroe que la ha hecho posible se enfrenta al trágico final de sus gloriosos sueños.<sup>2</sup>

En la obra de Gorostiza se percibe un desplazamiento del punto de vista de los textos tradicionales, al asignar su autor el papel preponderante en la epopeya a la figura de Malinali Tenépal: la Malinche o Malintzín azteca; la Marina cristiana; "la lengua," como la llamaron los cronistas españoles; la Madre, generadora de otra raza y de otro destino para su pueblo vencido.<sup>3</sup> La figura de Moctezuma queda eliminada del primer plano. Su presencia directa habría determinado la configuración del drama en torno a las dos fuerzas masculinas en oposición—Cortés/Moctezuma—, reduciendo la significación de la Malinche a su papel de mediadora entre dos sujetos de similar grandeza. Contrariamente, en el drama *La Malinche* el personaje femenino asume su destino de ser desde su primer encuentro con Cortés; y si bien su figura se define en referencia al hombre que la subyuga en la primera mirada, al imponerse un destino—que será un destino de amor—fija y hace posible el sueño de gloria y de grandezas de su dios blanco.

Muchas referencias a lo largo de la obra perfilan la figura histórica de la Malinche así como aparece documentada en los textos pertinentes a la conquista. Y si bien algunos de estos datos son contradictorios, en el drama de Gorostiza la Malinche reconoce su lugar de origen como Coatzacoalcos, cuyos moradores, como muchos otros pueblos vecinos, a pesar de ser todos mexicanos, eran enemigos de Moctezuma.<sup>4</sup> Por los cronistas sabemos que Malinal había sido regalada por su madre y su padrastro a unos mercaderes de Xicalango; éstos la dieron a los de Tabasco, y los de Tabasco la dieron a Cortés junto con otras diecinueve mujeres indias, después de la batalla de Cintla, en Yucatán. Hernán Cortés se la dio al capitán Alonso Hernández de Puertocarrero, pero la muchacha retornó a Cortés cuando Puertocarrero fue enviado con una embajada a España. Siendo el náhuatl su lengua nativa, y conocedora del dialecto hablado en Tabasco, el chontal maya, servirá desde entonces como la traductora, al mismo tiempo que como la amante del gran conquistador, después de haber sido bautizada con el nombre de Marina.<sup>5</sup>

El encuentro de Marina con Cortés es el encuentro, como apunta Gorostiza, de "dos mundos destinados el uno para el otro." Aunque en el primer instante la muchacha india aparece a los ojos del capitán español sólo como un instrumento de mediación—"Vas a serme muy útil"—al ofrecérsele ella como sierva, la intuición del varón establece en un plano de igualdad los

términos de la relación que comienza: "No, no mi sierva. Mi hermana."<sup>6</sup> Pronto Malinche emerge como la piedra de toque de un mundo histórico enfrentado a una trágica lucha de poder. Y porque ella es el Verbo, el Logos, el conocimiento, se alza como individuo sobre el mundo masculino convulsionado de pasiones y de turbias intrigas: la sed de oro de los conquistadores; las traiciones de los compañeros de Cortés, que denuncian la ilegalidad de la empresa; el miedo que asola a los pueblos sometidos a Moctezuma; la crueldad de los constructores de los templos de Tenochtitlán; las continuas promesas de uno y otro bando de amistad y paz, seguidas de la constante violación de esas promesas.

Por Malinche se entera Cortés de que capitanes españoles fieles al gobernador de Cuba (quien ha desautorizado la expedición de Cortés), se han concertado para huir, dejándolo abandonado con unos pocos leales. Por ella viene en conocimiento de que pueblos sometidos a Moctezuma—Cempoala, Chalco, Tlaxcala, Huejotzingo, Coatzacoalcos—viven en constante horror de ser torturados, sacrificados y abusados por los mexicanos. Por Malinche se entera de que los indios consideran a los españoles "teúles," mensajeros de Quetzalcóatl, destinados según la profecía a señorear el vasto imperio de Moctezuma. La relación de estos hechos es lo que, en el primer caso, determina que Cortés condene a la horca a dos soldados, para que el castigo sirva de escarmiento a los traidores, hecho que será seguido por el desmantelamiento de las naves. El miedo de los pueblos sometidos a Moctezuma le conducirá a buscar la alianza de aquéllos para enfrentar al poderoso ejército del emperador. Y el poder del mito azteca, que favorece plenamente sus planes, le da confianza para tratar de negociar con Moctezuma un pacto que podría conducir al sometimiento pacífico del imperio.

¿Por qué la Malinche sigue a Cortés, y no sólo lo secunda, sino que como motor inteligente es realmente ella quien le hace realizar su destino de héroe predestinado para cambiar el mundo? Gorostiza presenta a su personaje femenino movido por una compleja dinámica vital, que tiene por eje no sólo la fuerza del amor, sino también una toma de conciencia de la estructura político-religiosa de que forma parte, y que si al principio presenta algunas vacilaciones, luego se irá definiendo, dejando ver al final todo un trasfondo filosófico-idealista.

Al llegar los españoles a tierras mexicanas, el pueblo azteca no había resuelto la antinomia que planteaba el servicio a dos dioses antagónicos: Quetzalcóatl, dios del viento, dador de la ley, rey compasivo, representante de los más altos conceptos morales; y Huitzilopochtli, el dios de la guerra, ávido de sacrificios y de sangre. Malintzín responde a la cosmogonía azteca con una actitud temerosa ante sus dioses; pero entre Huitzilopochtli y Quetzalcóatl, claramente se decide por este último, asumiendo sin vacilar el mito que anticipa el cambio de los tiempos. Y aunque desde el principio Cortés afirma su condición humana ("Venimos como hermanos, pues no somos teúles ni dioses," 448), Malintzín lo niega:

MALINCHE—. . . Yo sé que eres un dios. . . .

MALINCHE—Todos los mexicanos lo saben. . . . Desde hace muchos siglos un teúl que se fue por esta agua del cielo hacia donde sale el sol, anunció que un día vendrían a señorearnos unos dioses iguales a él. . . .

(*Transportada*) Por eso Moctezuma no te dará guerra y tú irás a visitarlo, y yo iré contigo y juntos pasaremos en una piragua por los canales de Tenochtitlán. (452)

Más adelante, en su primer encuentro con el joven Cuauhtémoc, quien trata de convertirla en una aliada para la liberación de su pueblo, la Malinche, rechazando el oráculo de Huitzilopochtli, hace más explícita la profecía:

MALINCHE—. . . Quetzalcóatl dijo que en el año Ce Acatl vendrían a señorearnos unos hombres blancos y barbados, semejantes a dioses. Este es el año Ce Acatl y éstos son los hombres blancos y barbados. La profecía se cumple y Quetzalcóatl es uno de los dioses a quienes más hay que temer. (456)

Nos equivocariáramos, sin embargo, si viéramos a la Malinche ciegamente condicionada por un fatalismo religioso. En su caso, la afirmación del mito posibilita al personaje la reconciliación dentro de sí misma de polaridades opuestas. Sabe que tiene que elegir entre los dioses cristianos y los dioses aztecas; entre la lealtad a su pueblo, o la traición; entre la libertad de su raza, o la subyugación al dominio extranjero. Y como la fuerza del amor la impulsa a seguir al hombre blanco y barbado llegado allende los mares, la profecía no sólo legitima ante sus ojos el acto de agresión (que ella cree de paz) del hombre amado, sino que además justifica y da sentido a su propio destino. Siguiendo a Carlos Jung, podemos decir que el proceso de reconciliación ocurre a través de la consciente participación en símbolos que emergen desde el inconsciente y que juntando los polos opuestos en una nueva forma, le permiten al personaje alcanzar su integridad.<sup>7</sup>

Hernán Cortés, por otro lado, en cuanto héroe conquistador, es para la Malinche el arquetipo del “animus,” de lo masculino, al representar la fuerza instintiva que simboliza un elemental dinamismo vital: iniciativa activa, afirmación, búsqueda de significado, creatividad. “Animus” que se proyecta en ella misma, al convertirse Malinche más que en fuerza mediadora, en fuerza operante para hacer cumplir el destino de su héroe, y que le da valor incluso para enfrentarse a la venganza de sus propios dioses:

MALINCHE—¿Hay algún mal en que una mujer siga a un hombre? A un hombre capaz de cabalgar sobre el mar en esas enormes torres flotantes, de disparar cañones que retumban como el trueno por encima de las montañas y de montar sobre esas feroces bestias que corren más veloces que el rayo? Otras lo han hecho. (458)

Por su parte, Malinche será para Cortés “el ánima,” el principio femenino: hermana, amante, guía espiritual. E. C. Whitmont, seguidor de las teorías junguianas, describe el principio femenino como “compuesto de esos elementos pujantes que están relacionados a la vida como vida, como un fenómeno espontáneo, no premeditado, natural; elementos relacionados a la vida de los instintos, de la carne, de lo concreto, de lo terrestre, de lo emocional, dirigidos a la gente y a las cosas.”<sup>8</sup> Es justamente esa fuerza representada por la Malinche la que salva al conquistador en un momento de profunda desolación, cuando éste se entera de la confabulación de sus soldados para abandonar la empresa. No pudiendo volver a Cuba, donde

sería ahorcado por rebelde, ni a España, pues su regreso sería el reconocimiento del fracaso, Cortés se siente como una fiera acorralada: "No sé dónde volver los ojos . . . Tengo miedo . . . y necesito mostrarme valeroso, enérgico, cruel . . ." (465). En ese instante de vacilación, surge Malintzín acaso como lo único deseable, al representar ella no sólo la vida emocional e instintiva que da asidero y da consuelo, sino también la tierra misma que el varón desea poseer. La identificación de la mujer con la tierra ofrece la huida, el sueño de amor, la entrada en el misterio, al cual el varón se inclina subyugado.

CORTÉS—Nada me gustaría tanto . . . perderme en algún lugar de esta tierra que siento mía . . . Que me atrae como un imán . . . Como si yo perteneciera a ella desde siempre y hubiera estado aguardándome para envolverme en este aire tibio en que se confunden con la brisa del mar esos aromas que bajan de la sierra, fuertes y sutiles a la vez, como un veneno.

MALINCHE—¿Y yo?

CORTÉS—¡Y tú! Tus ojos que interrogan, acarician, prometen y adivinan. . . . Tu carne apretada y morena que hace temblar a esta carne blanca mía con el mismo deseo y el mismo miedo con que lo hace temblar el misterio de esta tierra que no sé si me reserva el goce o la muerte, o ambas cosas a la vez, pero hacia la que yo voy alucinado sin poder hacer nada por impedirlo. (465-466)

La encrucijada que problematiza el destino del héroe, se resuelve para la Malinche por la vía profética. El eclipse de sol, acontecimiento que cierra dramáticamente el acto I de la obra, y que muestra a las estrellas brillando en el cielo en pleno día, confirma la profecía y lleva al personaje femenino al definitivo reconocimiento de Cortés como su dios blanco, cuya venida ha sido anunciada desde el principio de los siglos.

La acción dramática del acto II muestra a Malintzín como el nervio motor que empuja y condiciona todos los actos de Cortés. Si éste silenció en la historia el papel que doña Marina cumplió en la realización de sus hazañas,<sup>9</sup> Cortés, en la ficción, no vacila en su reconocimiento. Cuando Velázquez de León, antes del ataque a Cholula, propone la retirada ante una empresa tan temeraria, Cortés replica: "¿Y no está con nosotros doña Marina que nos allana todos los problemas y nos conduce siempre por camino tan seguro?" Y tomando a Malinche de las manos: "No sé dónde estaríamos si estas manos no hubieran cuidado tan cariñosamente de mis heridas. La victoria de Tlaxcala es una victoria suya" (470-471).

Al convertirse en la aliada y mujer del conquistador español, la Malinche renuncia a sus propios dioses para reconocer al Dios cristiano. Es su amor incondicional al forastero lo que posibilita la transposición. El establecimiento de una relación significativa con el hombre que ama le exige identificarse con la fuente sobrenatural de poder que da significado a las acciones humanas. La imagen de Dios articula el significado trascendente de sus acciones y actúa como el centro unificador y totalizador en su unión con el otro ser:

MALINCHE—Soy tu mujer. No podría recibir mejor paga que la dicha de ser tuya. Dios te ha traído a mí y es como si El mismo hubiera

entrado en mi carne y en mi sangre. No sé si es así la comunión que el padre Olmedo ha tratado de explicarme. Sólo sé que con algún fin que no alcanzo a comprender, Dios nos ha unido en tal forma que nada podrá separarnos. Juntos habremos de estar ya para siempre. Para toda la eternidad. (472-473)

Como mediadora entre los españoles y los nativos, Malintzín se inviste del poder que emana de su señor para dar órdenes, hacer promesas, establecer alianzas, desbaratar planes, e incluso engañar a sus hermanos de raza. Al consumir los españoles la matanza de Cholula, sin embargo, el personaje debe enfrentarse a su propia conciencia y a su condición de india mexicana. Tal condición se problematiza a través de la figura de Cuauhtémoc, quien, en el drama de Gorostiza, representa al joven revolucionario mexicano, al patriota idealista, dispuesto a oponerse a los designios de los dioses y a su propio emperador, si es necesario, en su lucha contra la subyugación extranjera.

Cuauhtémoc sabe que la Malinche es "la palabra," el vaso comunicante donde se polarizan los dos mundos en lucha. Como "medium" verbal, ella es un pasaje, un lugar de transición, un área que puede conducir a algo diferente, o un espacio donde un cambio puede ocurrir. Como tal, Cuauhtémoc incita a la Malinche a definir el mundo en términos que favorezcan a su raza. Así se formula en el siguiente diálogo:

JOVEN—Acabamos de encontrar en el camino al mensajero que nos llevaba la nueva de que te has convertido en la lengua de Cortés.

MALINCHE—Por el tono en que lo dices, parece que es algo muy malo . . .

JOVEN—Puede ser malo . . . o tal vez muy bueno. Depende de la forma en que uses esa lengua.

MALINCHE—No te comprendo.

JOVEN—Con ella puedes hacerle creer a Cortés lo que tú quieras que crea. Lo mismo que a nosotros. Y así, puedes favorecerlo a él y perjudicarnos a nosotros, o lo contrario. (455-456)

En términos lingüísticos saussurianos, Malinche—"la lengua"—es el significante que asume un rol crucial en la articulación y moldeamiento del significado. Como sustrato significador condiciona el contenido y el significado referencial, jugando un papel preponderante en la definición y mantenimiento del mundo masculino. En cuanto "lengua," la Malinche articula la conciencia, ordena la experiencia, hace posible conciencias compartidas y experiencias transformadas. Pero si la Malinche es aprehendida en su lenguaje como un ser social e histórico por el joven Cuauhtémoc, es sólo en el momento en que se realiza la matanza de Cholula, cuando ella misma toma conciencia de esta condición. Se siente entonces traicionada por Cortés ("Yo te creí cuando me dijiste que no querías pelear. Que venías en paz . . .") y se siente culpable al ver morir a la gente de su raza. Pero en ese instante no encuentra la conciliación con ninguno de los dos términos en oposición. El planteamiento político de Cuauhtémoc—la adhesión a la patria, la formación de un solo reino grande y fuerte que reúna a todos los mexicanos—no la convence. Está consciente de que la política imperial de Moctezuma ha

reducido a la impotencia—a través de la crueldad y el terror—a Cempoala, Tlaxcala, Amecameca, Chalco y otros reinos. Y críticamente pregunta: “¿Con qué mexicanos se supone que debo estar yo? Con los de Moctezuma o con los que quieren la destrucción de Moctezuma?” (488). Pero por otro lado, no puede permanecer insensible a los lamentos y a tanta sangre suya derramada: “¡La siento [la sangre] como si se escapara de mis propias venas! ¡Como si esta carne mía se fuera quedando seca . . . dura . . . ! ¡Como si me volviera de piedra!” (488).

La trágica profecía de Cuauhtémoc que cierra el acto II, se cumple cabalmente en el resto de la acción dramática, superando la ficción para insertarse definitivamente en la historia: “Serás castigada, Malintzín. Ya has empezado a sufrir y sufrirás todavía durante siglos. Los dioses no pueden perdonar. Pero ellos mismos no han podido evitar nunca que una mujer sufra y muera por lo que ama” (488-489).

Los acontecimientos posteriores conducen a la caída del héroe masculino en la misma medida en que se verifica la muerte del sueño de amor de Malintzín. En el acto III vemos que Cortés ha conquistado la ciudad de Tenochtitlán a costa del sacrificio de miles de guerreros aztecas. Pero el poder y la gloria del conquistador se convierten pronto en realidades evanescentes. Enfrentado al descontento de sus capitanes y soldados y a graves acusaciones sospechas, el juicio de residencia es inevitable. Cortés se siente abandonado por los suyos, pero no vacila, para acallar rumores, en abandonar al noble Cuauhtémoc y a la propia Malintzín, sellando así su traición contra la tierra que soñó con conquistar, pero a la cual nunca logró realmente poseer.

La presencia de la esposa legítima que clama sus derechos—doña Catalina Suárez—, coloca a la Malinche en una situación humillante. Malinche es ahora lo incidental en oposición a lo esencial. El amante que la rechaza opera como el Sujeto, lo Absoluto, frente a la mujer ilegítima que se ha convertido en el Otro, lo extraño. Consecuentemente, la lengua, que significó el puente, la unión, lleva ahora a la ruptura, al distanciamiento: “Ahora te veo cual eres. Astuto, solapado, engañoso . . . y cobarde . . .” (496).

El amor del personaje femenino, despojado de su objeto por el abandono y por la revelación del desmerecimiento del amante, no se convierte, sin embargo, en fuerza desquiciadora. Malintzín acepta su fin, en el cual se cumple la venganza de los dioses que abandonó, sabiendo que es el fin no sólo para ella, sino también para el héroe que la ha llevado al desengaño. Ambos han cumplido su destino y ahora cada uno está solo con su propia soledad. “Estoy dispuesta a todo,” dice a Cortés. “Haré lo que tú digas. Casarme con un soldado o no casarme. Ser tu concubina o la de cualquier capitán español. Volver a Coatzacoalcos a ponerme de rodillas delante de mi madre, o ser de nuevo una esclava en Tabasco. Me da lo mismo cualquier cosa” (500).

En su bien conocido ensayo *El laberinto de la soledad*, Octavio Paz, al asociar a la Malinche, la Madre violada, con el símbolo de la Chingada, subraya la pasividad de estas figuras, que representan la absoluta entrega: “Su pasividad [de la Chingada] es abyecta: no ofrece resistencia a la violencia, es un montón inerte de sangre, huesos y polvo. Su mancha es constitucional y reside, según se ha dicho más arriba, en su sexo. Esta pasividad abierta al exterior la lleva a perder su identidad: es la Chingada. Pierde su nombre, no es nadie ya, se

confunde con la nada, es la Nada. Y sin embargo, es la atroz encarnación de la condición humana.”<sup>10</sup>

En el drama de Gorostiza, sin embargo, la pasividad de Malintzín es sólo una aparente forma de sumisión. En realidad, su renuncia implica un juicio moral, al reconocer lo que en términos junguianos sería “la sombra,” el lado negativo del hombre amado, sombra que inevitablemente se proyectó en sus propias acciones. Consumido por la ambición y los sueños de grandeza que le llevan al disimulo y el engaño, Cortés se convierte en un héroe caído, y con su caída se consuma la de la propia Malinche. “No se nos concedió el honor de morir como los héroes en plena lucha,” dice ella a Cortés. “Nuestro castigo es seguir viviendo después de terminada la tarea que nos fue encomendada. Ver como la vida sigue sin nosotros. Ser espectadores de la comedia en la que ya terminó nuestro papel” (510-511).

El mundo personal de los dos protagonistas de la epopeya se desintegra. La noble azteca y el teúl español han perseguido un sueño inalcanzable, cuya realidad se aleja más y más en la distancia. Una cosa permanece, sin embargo, ofreciendo una proyección salvadora para los tiempos venideros: el hijo que engendró ese sueño, y en el que dos razas han quedado fundidas. Será este hijo el que representando al hombre nuevo para un mundo nuevo, dé justificación y redención a sus destinos.

El triunfo del patriarcado sobre el matriarcado, es decir, el viraje de la madre al padre, señala, según Freud, una victoria de la espiritualidad sobre la sensualidad, o sea, un avance de la civilización, puesto que la maternidad se prueba por la evidencia de los sentidos, mientras que la paternidad es una hipótesis, basada en una deducción y en una premisa.<sup>11</sup> Distanciado de este enfoque freudiano, el drama de Gorostiza afirma al final la condición de madre del personaje femenino. En cuanto tal, Malintzín forja otro sueño: un destino de grandeza para la nueva raza, la que, a la medida de su propia estatura, honrará y engrandecerá a sus padres. Cumplido el tiempo de los héroes, se anticipa el tiempo de los hombres, quienes, superando sus propias limitaciones históricas, transfigurarán el sueño de sus progenitores y vindicarán sus acciones humanas.

La canción de cuna que la Malinche ha cantado al principio del acto III, es repetida al final en lengua náhuatl, cerrándose con estas palabras el mundo de la representación:

Mamita, cuando yo muera  
 haz mi tumba en el brasero;  
 y cuando eches las tortillas,  
 llora por mí en silencio.  
 Y si alguien te pregunta  
 por la causa de tu duelo,  
 dirás que la leña verde  
 hace un humo muy espeso.  
 Nonatzin íhcuac nimíquiz  
 Motlecuilpan xinechtoca  
 huan cuac tiaz titlaxcalchíhuaz  
 ompa nopampa xichoca.  
 Huan tla ach mitztlahtlani:  
 ¿Zoapillé itleca tichoca?



Xiquilhui xoxouhqui in cuáhuilitl  
popoca yica nichoca. (511)

El verbo es otra vez el “medium” para unir dos mundos y afirmar ahora el fruto de la yuxtaposición, que pese al dolor y a las lágrimas, ha dado un nuevo sentido a la vida. Prevalece así en la obra de Gorostiza una visión poética de la historia, al realizarse la consagración del mito en el ritual dramático de la representación. El mito, que rescata la figura de la Malinche como la Madre del pueblo mexicano, se impone en el texto como la afirmación del polo femenino, regreso al vientre materno, reconocimiento del origen, voluntad de arraigo, renacer.

Se cumple en esta obra del escritor mexicano la conexión que señalábamos al comienzo entre drama y ritual religioso, ya que en ambos el propósito es alcanzar, como señala Esslin, “un nivel intensificado de conciencia, una memorable penetración en la naturaleza de la existencia, una renovación de fuerzas en lo individual para enfrentar el mundo. En términos dramáticos: catarsis. En términos religiosos: comunión, esclarecimiento, iluminación.”<sup>12</sup>

*Saint Mary's College—Notre Dame*

## Notas

1. Cf. Martin Esslin, *An Anatomy of Drama* (New York: Hill and Wang, 1976).

2. En los dos primeros actos de la obra, que se ciñen más fielmente a la historicidad de los hechos dramatizados, Celestino Gorostiza parece haber tenido como fuente primaria la Carta enviada a la reina doña Juana y al Emperador Carlos V, su hijo, por el Concejo Municipal y de Justicia de la Rica Villa de la Vera Cruz, fechada el 10 de julio de 1519 y conocida como la *Primera carta de relación*; y la Segunda carta, dirigida al Emperador Carlos V por don Fernando Cortés, Capitán General de la Nueva España, el 30 de octubre de 1520. Otra fuente de Gorostiza, especialmente en lo que se refiere a la figura de la Malinche, fue sin duda la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (1632) de Bernal Díaz del Castillo.

3. Al estrenarse la obra, el 30 de octubre de 1958, su título *La leña verde* no apuntaba entonces a la protagonista femenina; pero puesto que el drama se configura en torno a la relación Malinche-Cortés, y es la Malinche quien se impone en todos los momentos culminantes del drama, el cambio de título quedó plenamente justificado.

4. Según Bernal Díaz del Castillo, los padres de la Malinche habían sido señores y caciques de Painala (pueblo hoy desaparecido), lugar a ocho leguas de la villa de Guazacualco. Al morir su padre, la madre casó con otro cacique mancebo, y ambos la regalaron a unos indios de Xicalango, con objeto de dejar al hermanastro de la Malinche como único heredero del cacicazgo. Los indios de Xicalango la dieron a los de Tabasco, y éstos a Cortés. Cf. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (México: Editorial Porrúa, 1964) 56-57; ch. 37. Por su parte, López de Gómara refiere que en el primer encuentro entre Cortés y la Malinche, ésta afirmó ser de una villa llamada Vilita [Olutla], cerca de Jalisco [Coatzacoalcos]; que siendo niña, había sido robada por unos mercaderes en una guerra y vendida en el mercado de Xicalanco, ciudad cerca de Tabasco, y que luego había pasado a manos del señor de Potonchán. Cf. Cortés, *The Life of the Conqueror by His Secretary Francisco López de Gómara*, trans. and ed. Leslie Byrd Simpson from the *Historia de la conquista de México*, (Berkeley: University of California Press, 1964) 56-57.

5. Con respecto al verdadero nombre de doña Marina (Malinal, Malinalli, Malinaltzin, Malinche?), A.R. Padgen, en su bien documentada edición en inglés de las *Cartas de Relación*, clarifica: “There is some dispute over the origin of her name. The explanation provided by José Ramírez is perhaps the most convincing. He suggests that her Nahuatl name was Malinal (or Malinalli), the name of the twelfth day in the Mexican month. “Malinche”—the term by which she, and often Cortés also, were popularly referred—was a Spanish corruption of the reverential form of this name (*Malinaltzin*), and she was christened Marina, as this was the closest Spanish equivalent (*Archives Paleographiques de l'Orient et de l'Amerique*, 1:220. Quoted by Orozco y Berra).” *Letters from Mexico* (New York: Grossman Publishers, 1971) 464.

6. Celestino Gorostiza, *La Malinche* 448, en *Teatro mexicano del siglo XX*, Selección, prólogo y notas de Antonio Magaña Esquivel (México: Fondo de Cultura Económica, 1970) 444-511. En

adelante, todas las citas de la obra corresponderán a esta edición y el número de página(s) seguirá al texto.

7. Al comentar este punto de las teorías junguianas, Ann Belford Ulanov afirma: "The religious function of the psyche is an irreducible drive toward a relationship in which the personal self is linked to the transpersonal source of the power and meaning of being. The drive shows itself inwardly in the production of images which make perceptible the symbolic meaning of experience, through the images of God or through images to which the rest of the psyche relates as to a god. These images, which act as unifying centers in the psychic universe, reconcile opposing tendencies. The religious function seems to urge the fullest development of the individual personality, for the symbols it produces are characterized by their function of realizing and reconciling into a wholeness the polarities in which the psyche is structured. This same drive toward wholeness shows itself outwardly in the construction of beliefs, in dogmas, in theologies, and in liturgies." *The Feminine in Jungian Psychology and in Christian Theology* (Evanston: Northwestern University Press, 1971) 290.

8. Edward C. Whitmont, *The Symbolic Quest* (New York: C.G. Jung Foundation, 1969) 189. La traducción es nuestra.

9. Cortés refiere por primera vez a doña Marina en la *Segunda carta de relación* (30 de octubre de 1920), dirigida a Carlos V después de la llamada "Noche Triste." Allí, al hacer el recuento de los acontecimientos previos al ataque de Cholula, menciona a la Malinche anónimamente, refiriéndose a ella como "la lengua que yo tengo que es una india de esta tierra, que hubo en Potonchán . . ." Cf. *Hernán Cortés, cartas y documentos* (México: Editorial Porrúa, 1963) 49-50. La única otra referencia aparece en la *Quinta carta*, escrita en 1526, después de su fracasada expedición a Honduras. Esta vez Cortés menciona a doña Marina por su nombre cristiano, al contar su encuentro con un cacique de Tabasco, quien, incrédulo ante las quebrantadas tropas españolas, debe ser convencido por Malinche de que Cortés es verdaderamente el capitán de gloriosas victorias en tierras mexicanas (269-70).

10. Octavio Paz, *El laberinto de la soledad* (México: Fondo de Cultura Económica, 1959) 77.

11. Cf. Sigmund Freud, *Moses and Monotheism* (New York: Vintage Books, 1962) 145-146.

12. Esslin 28.